



Año IV. Barcelona 19 de Diciembre de 1890. Núm. 184.

# LA Semana Cómica

LIT. MIRALLES. UNION IT.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

NUESTRAS ACTRICES, POR ESCALER.



Periódico literario, ilustrado

Administración: Vertrallans, 3, 1.º

Horas de despacho: de 2 a 4 tarde

Precios de suscripción

Barcelona. . . . . 1'50 ptas. trimestre

Provincias. . . . . 5 " semestre

Números atrasados: 1 real.



SOFIA ALVERÁ.





Ya lo dijo Mirabeau: Del Capitolio á la roca Torpeya no hay más que un paso.

Y ya lo vemos también en la Escritura; de las palmas de Jerusalem á la hiel y vinagre del Calvario no median más que tres días.

Por eso no me admiró que la opinión, un tiempo horticultora que cuidó con cariñoso desvelo á un peral famoso, hiciese leña en él cuando vió el árbol caído, ni me extraña que quienes pusieron por las altas nubes al Dr. Koch le den ahora con el pié como si fuera *cok* humildísimo que se arroja á paletadas en la estufa.

Ni tanto ni tan calvo

Ni llamar al Dr. alemán salvador *da humanidad* porque cure una enfermedad cuando tantas quedan por curar todavía ni llamarle asesino ó poco menos porque alguno que otro enfermo fallezca, más por la fuerza que ya adquirió su mal que por la ineficacia del remedio.

Pero este mundo es el peor de los baules.

La linfa de Koch no es ya un bálsamo milagroso sino una pócima infernal; el nuevo método curativo, como ensayado en los conejos, no es al fin más que un puro y hermoso gazapo; la tisis ha muerto.. y continua matando como ha muerto hasta aquí; el tudesco doctor está, al cabo, expuesto á salir de Berlin porque sus detractores quieren ponerle en el femenino á todo trance.

Los tísicos andaban entusiasmados con Koch.

Hoy están *akoquinados* completamente.

Esperanzados y contentos, aguardaban la inyección como quien aguarda una caricia y hoy no saben á quien apelar, convencidos de que no tienen cura.

Yo apelaría al obispo de la diócesis.

En París continua el honrado cuerpo de los reventadores científicos ejerciendo su misión piadosa con el invento alemán porque los franceses, en cuanto se trata de algo germánico, arriman siempre el áscua á su revancha.

Sostienen que de la patria del amílico no puede venir nada que no sea falsificación y embuste.

—Inyectemos á este enfermo entre las paletillas—dice algun *docteur*, pero si muere, ¡que su fallecimiento no vaya sobre nuestras espaldas!

—Naturalmente. Cómo que ya vá sobre las suyas.

Galeno hay tan convencido del maligno poder del invento, que propone á Mr. Carnot la sustitución de la guillotina por la linfa de Koch y pide que Eyraud y la Bompard sean los primeros en probar el nuevo procedimiento.

Los casos de *lupus* se buscan como con candil para sucesivos ensayos.

Y eso que la frase de Hobbes: *Homo homini lupus*, hacia creer que dicha enfermedad abundaba extraordinariamente.

—Pero ¡qué! —exclama un germanófobo convencido de que ha puesto el dedo en la llaga —esa linfa no puede atravesar nuestras aduanas porque ignoramos su composición.

—Una composición cualquiera; como si la viéramos! una composición... de lugar.

—Hay que impedir la entrada de ese líquido hasta que sepamos de que está compuesto.

—Será de alguna rotura.

—Y hasta que el secreto haya dejado de serlo viva la gallina y viva con su pepita; es decir, viva la Francia y viva con su tuberculosis.

De modo que aunque digan los franceses que no se curan observamos nosotros que se curan demasiado... de eso.

Aquí no lo tomamos tan á pecho por más que á ellos se refiera principalmente la linfa.

Vemos, oímos y nos dejamos pinchar.

La estadística nos dará dentro de poco el resultado de las experiencias que se están haciendo en Madrid.

Ya sabemos por de pronto que algunos enfermos siguen bien con el nuevo tratamiento.

Otros piden que les apeen el tratamiento enseguida.

Algunos, aunque incrédulos, se resignan y ofrecen sus paletillas en aras de la ciencia con objeto de que continuemos los experimentos *in anima vili*.

—Los inyectados—leemos estos días en la prensa—siguen sin novedad. El termómetro clínico acusa tres grados más de elevación en uno de ellos.

—¿Tres grados en veinte y cuatro horas?—decía un capitán de la reserva—¡y yo sin ascender hace doce años!

\* \*

Eso del encasillado es lo que nos lleva ahora á mal traer.

Porque ó echamos abajo la ley de la impenetrabilidad—y esta clase de leyes no se derogan con una Real Orden—ó surge un conflicto en cuanto se trata de encajonar en un distrito á uno cualquiera de los cinco ó seis candidatos que solicitan para esa representación el apoyo del gobierno.

—¿A quien pondremos aquí?—preguntará no pocas veces el ministro.

—¿Allí?—dirá el presidente—á Fulanito que es más canovista que mi Ramón.

—Pero es el caso—argüirá Silvela—que se presentan por ahí Menganito que es deudo de Martos y Zutanito que es pariente de Romero.

—Pues hijo ¡cómo ha de ser! Primero nuestros amigos; después los amigos de nuestros amigos.

Que es la moraleja de aquel cuento chino:

Un caminante extraviado, pobre y hambriento fué recogido por un mesonero hospitalario que le obsequió con una liebre para cenar.

Despidióse al siguiente día el caminante muy agradecido y como de allí á poco viniera á mejor



fortuna, oyó una noche fuertes aldabonazos en la puerta de su casa.

¿Quién eres?—preguntó desde la ventana.

—Soy el que te regaló la liebre—contestaron.

Bajó entonces muy solícito él de arriba y dió á su huésped opípara cena y luego mullida cama.

A la noche siguiente volviéronse á oír en la puerta los golpes de la aldaba.

—¿Quién es?

—Somos los amigos del que te regaló la liebre.

Bajó el dueño como la noche anterior y los nuevos huéspedes fueron también atendidos y obsequiados.

Pasaron veinte y cuatro horas y se escucharon otra vez los aldabonazos.

—¿Quién es?

—Somos los amigos de los amigos del que te regaló la liebre.

—Pasad—dijeron desde adentro despues de un rato.

Y entraron los de fuera, pasaron al comedor y el anfitrión en persona se puso á servirles una gran cazuela de agua clara.

—¿Que es esto?—exclamaron los convidados.

—Esto—dijo el dueño de la casa—es la salsa de la salsa en que se guiso la liebre.

Reflexionen sobre este cuento los martistas y romeristas que suspiran por el apoyo oficial y comprenderán que es lo que vá á tocarles del encasillado.

La salsa de la salsa de la liebre.

LUIS ROYO VILLANOVA.

## SEÑOR DON RAMON CAMPOAMOR

*Mi carta, que es feliz pues vá á buscaros,  
cuenta os dará de la memoria mía,  
hoy que impide que vaya á saldaros  
un dolor que no ceja en todo el día.*

Juntando la tristeza con el frío  
el tiempo lentamente me asesina;  
¡yo, al par que pienso en Dios y en él confío,  
tomo valerianato de quinina!

Aun cuando tengo como gran bobada  
el arte de curar la calentura,  
todo con nada, D. Ramón, se cura,  
ó no se cura, en realidad, con nada.

Jamás gocé cual los demás de calma,  
desde la cuna mi existencia herida;  
secos los ojos, desgarrada el alma,  
he llamado á las puertas de la vida.

¡La vida derroché! Justo es que tema  
esta cosa que al pecho se me agarra;  
¡tengo, como el Ginés de su poema,  
partida en dos pedazos la guitarra!

Sabed ¡oh cielo! (y perdonadme el ripio,  
en gracia á lo malísimo que estoy)  
que no es ponderación; pero yo soy  
Byron sin chocolate y sin principio.

Como aquella mujer que se moría  
con el anillo en medio de la acera,  
digo pensando en ella: ¡Si yo viera  
campo, y luz, y verdor, me aliviaría!

¡Ensueños de la mente peregrinal  
Cuando quiero soñar alegremente,  
me empapan la epidermis en la frente  
con vil hidro-clorato de morfina!

¡Huele á incendio la tierra en el verano  
y es preciso dinero en primavera!  
¡Campo y luz y verdor! ¡ensueño vano!  
¡para un traje de lana lo quisiera!

Mi espíritu rebelde se impacienta  
buscando un horizonte de bonanza,  
y no encuentro, deshecha la tormenta,  
ni un rayo de la luz de la esperanza.

Con los vanos caprichos de la suerte  
lucharé, si luchar es mi destino,  
aunque temo que pérda la muerte  
me aceche y me recoja en el camino.

¡Si viniera! La aguardo resignado.  
¡Dios! ¡madre! ¡libertad! ¡dulce consuelo!  
*Poema que en la tierra comenzado  
acabaré cantándolo en el cielo!*

MAMUEL PASO.

## HISTORIAS TRISTES

(POEMA EN UN CANTO)  
(Conclusión) (1)

XIV.

En tanto Berta alegre y olvidada  
de aquel cantor que por Madrid vivía,  
fué la esposa feliz é idolatrada  
de un gallardo oficial de artillería

valiente, apuesto y jóven, que ascendía  
con una rapidez vertiginosa,  
que llegó á general, y que en el día  
se encuentra de cuartel en Almería  
ó en Cadiz, ó en Sevilla ó en Tortosa,

(1) Véase, si se quiere, el número anterior.



ACTUALIDADES, POR PONS.



WILLIAMS O'BRIEN Y JHON DILLÓN  
Célebres diputados irlandeses



MILICIA, POR «MELITÓN GONZALEZ.»





á pronunciarse y á luchar resuelto,  
para elevarse, si su bando sube,  
á las alturas del poder, envuelto  
de la lisonja en la flotante nube.

Al fin la hemos de ver, el tiempo andando,  
y creciendo el favor de la fortuna,  
con sus galas egregias deslumbrando  
al pueblo mismo que arrulló su cuna;  
y ninfa Egeria del soldado insigne  
que imponga allí la voluntad de España,  
hollar altiva con su planta breve  
las almenas del Morro y la Cabaña.

## XV.

Cesante ya, cansado peregrino,  
Andrés, el soñador de grandes sueños,  
rodó sin fuerza en su fatal camino,  
y espiró como espiran los pequeños  
que en ser colosos ponen sus empeños:  
entre crueles sarcasmos del destino.  
y arrojado en la tumba, fardo inútil  
del que el mundo sin pena se descarga,  
cubrió el olvido al que buscaba un día,  
del sol del arte á la fulgente lumbre,  
el cielo de la fama por techumbre,  
las ondas del aplauso por alfombra.

¡Ah, cuantos, cuantos, con igual demencia  
malgastan lo mejor de su existencia  
corriendo tras la sombra de una sombra!  
¡Y cuantos, por injurias de la suerte,  
ven su noble ambición desvanecida,  
y buscando los fuegos de la vida  
encuentran las escarchas de la muerte!

## XVI.

Lola, es verdad: cuando la mente loca  
á sus sueños magníficos se aferra,  
nos sentimos capaces  
de someter y sojuzgar la tierra.

Y con el alma de entusiasmo henchida  
emprendemos alegre la jornada,  
estudiando las cosas de la vida  
en las páginas bellas de la Iliada;  
y consagramos la existencia entera  
á fabricar, con decidido empeño,  
el celaje fugaz de una quimera  
en la sutil atmósfera de un sueño;

y la vemos con duelo sobrehumano  
perderse allá, distante, muy distante,  
como espléndida nube de verano  
barrida por los vientos del levante.

LUÍS MUÑOZ RIVERA.

## VISTAS DE MADRID

## LA BOMBILLA



Es un jardín campestre, sencillo,  
alegrete, de cara de pascua, alza-  
do que ni á propósito para la di-  
cha; yérguese á la orilla del río, á  
la parte acá de la ribera; sus es-  
paldas dan á los tenderos próxi-  
mos y desde las ventanitas, domi-  
nando el terreno, se descubre  
culebreando el Manzanares, parti-  
tido en dos ó tres brazos que lle-  
van un agua blanca y espumosa  
de jabón; los ojos se esparcen regocijados con el  
cuadro que allí les ofrecen los lavaderos; por todas  
partes, ondeando al besarla el viento, recostada en  
una inmensa red de cuerdas se distingue ropa ten-  
dida, húmeda, limpia, simpática, secándose al aire  
y al sol y surgiendo de entre los colgaderos aquí  
aparece un puentecillo de palos, allí una caseta de  
tablas, acá un toldo de esteras, allá una maraña de  
maleza verde; ver á las lavanderas arrodilladas junto  
á la corriente, desaparecen en lo hondo, entre la ro-  
pa; al fondo trazan un muro de felpa las alamedas  
de la Casa de Campo.

La fachada del merendero cae al camino del  
Pardo; por la carretera la Bombilla es un edificio  
de ladrillo rojo, con su terreno para jardín delante;  
bien puesto; recio; trascendiendo de sus muros  
cierto endosamiento, algo así como la persuasión  
de que no solo se sirven callos y caracoles en su

recinto; por la puerta de entrada se entrevé el mos-  
trador con sus lebrillos, y su barandilla dorada, su  
estantería de figón; en definitiva la casa produce la  
misma impresión gozosa, de rudo bienestar, que un  
ricacho de los mataderos á quien su clase no per-  
mite gastar corbata, pero que luce una hermosa y  
reluciente pechera de camisa con buena chorrera  
rizada y buenos botones de oro.

La Bombilla es el lugar obligado de los matri-  
monios artesanos; las espesuras cercanas de la Flo-  
rida le prestan olor á hojas; el río cercano frescura;  
en la jurisdicción de la finca, á los lados, se extien-  
den en fila varias mesas y bancos campestres, de  
tabla, clavadas en musgoso piso; dentro hay cuar-  
tos independientes; á elegir; la cocina es de con-  
fianza; las manos encargadas de los guisos primo-  
rosas; la comida española picantilla, trascendiendo  
á especias humildes; el conejo en estofado y la lie-  
bre en salsa, tienen allí su admirable laboratorio...  
La gente ya lo sabe, y las bodas del pueblo, esas  
bodas de guitarra, piano de manubrio, bailoteo,  
pañuelo de crespón, bota, que son de punta á pun-  
ta un estallido de alegría, una oleada de alborozo,  
van á dar con sus luceros y su felicidad en aquel  
jardín amablote situado junto al Manzanares.

La Bombilla tiene sus días y sus fechas. Sus días  
son los domingos; las tardes festivas vende que se  
las pela, y hasta el anochecer por delante de sus  
fuentes de callos y caracoles desfila el modesto Ma-  
drid que dirige su paseo hacia las riberas del río,  
buscando campo y aire puro. El empleadillo de  
cuatro mil reales, con su mujer y sus hijos; el hor-  
tera del almacén que convida á sus compinches; el  
gastador de artillería que le hace una fineza á su  
paisana de pueblo; el estudiante que anda conquis-  
tando á su modistilla; la patrona de casa de hués-



pedes que se deja arrullar por el pupilo de los ojos negros y los bigotes rubios; el matrimonio recién casado que anhela la soledad; quien sabe el tropel de seres que los domingos pasan por aquellos comedorcitos, llevándose en el estómago una sazónada merendola y en la memoria el cariñoso recuerdo de aquel ventorro de ladrillo.

La fecha de la Bombilla ni ella misma sabe cuando es; llega en alguna ocasión, bruscamente, sin avisar, en cualquier día del año; revuelve cocina y despensa; pide lo mejor; tira de los vinos más caros; interviene por decirlo así toda la casa; deja los repuestos tiritando y al marcharse se queda el

cajón del mostrador lleno de duros. Esa fecha inesperada, imposible de preveer, cae del cielo el día en que tal ó cual carnicero de rumbo ó este ó el otro comerciante de las calles del bronce, se le ocurre volcar en la Bombilla, el irresistible cortejo de una pareja que acaba de soldar sus alas en presencia del cura de la parroquia; un ómnibus monumental de mozas crúas y de chulos de temple; un alud de pañuelos de crepón, de gorritas de seda y paveros, de arracadas, de sortijas. Entonces echa el resto la Bombilla y apunta esa fecha en su historia guardándose a la vez las últimas onzas de Carlos III que se ven por los barrios bajos.

ALFONSO PEREZ NIEVA.

## MONÓLOGO DE UN CABALLO

I.

—¡Vamos! Al cabo monta... Ya ha subido; ya le siento apoyar

en el estribo el pie... ¡Te he conocido!

¡Tú no sabes montar!

No sabiendo montar ¡esta es la mía!

Que te guste ó que no, iré, sin hacer caso de tu guía, á donde quiera yo.

Si tú me aguzas, correré sin tregua y darás un traspies...

En fin, en Avilés vive mi yegua; le llevaré á Avilés...

Voy á pacer un rato... Al fin, respiro...

¡Si no sabe guiar!...

¿Pues no pica la espuela? ¿A que le tiro, como vuelva á pinchar?...

¡Oh, triste condición la del caballo!

¡Llévarte encima á tí,

y tener que ir sirviendo de vasallo de un animal así!

Pues, no, mil veces no. Lanzarle al suelo para mí fácil es.

Por mucho que se enfade me rebelo

¡y le llevo á Avilés!

II.

Ya estamos cerca... ¡Aprisa! ¡Más aprisa!...

¡Me quiere reprimir!

¡Pobre jinete! ¡Me daría risa si supiera reír!...

Sólo por compasión no le he arrojado al suelo con desdén;

¡sólo porque yo soy caballo honrado y que distingue bien!

III.

—¡Oh, mi caballo!—¡Yegüecita mía! Acabo de llegar.

—¿Y tu jinete?—¡Lo que yo temía! ¡Le tuve que tirar!

*Por la copia,*

RICARDO J. CATARINEU.

## La confesión de las casadas

Dos vestiditos grises, dos gabanes casi del mismo color que los vestidos, dos sembreros negros con banda y lazo grossella; parecían hermanas aquellas dos mujeres, se habían colocado al extremo de uno de los bancos del tranvía y charlateaban muy animadamente; su charla, la vivacidad de sus movimientos y aquella su aparición rápida y su desaparición cuando bajaban del carruaje, hubieron de hacer el efecto mismo que pueden producir dos pajarillos al posarse repentinamente en las ramas; piar, gorjear, hacer mil graciosas figuras y huir cuando menos lo esperáis, y tal vez cuando mayor deleite os producía contemplarlos.

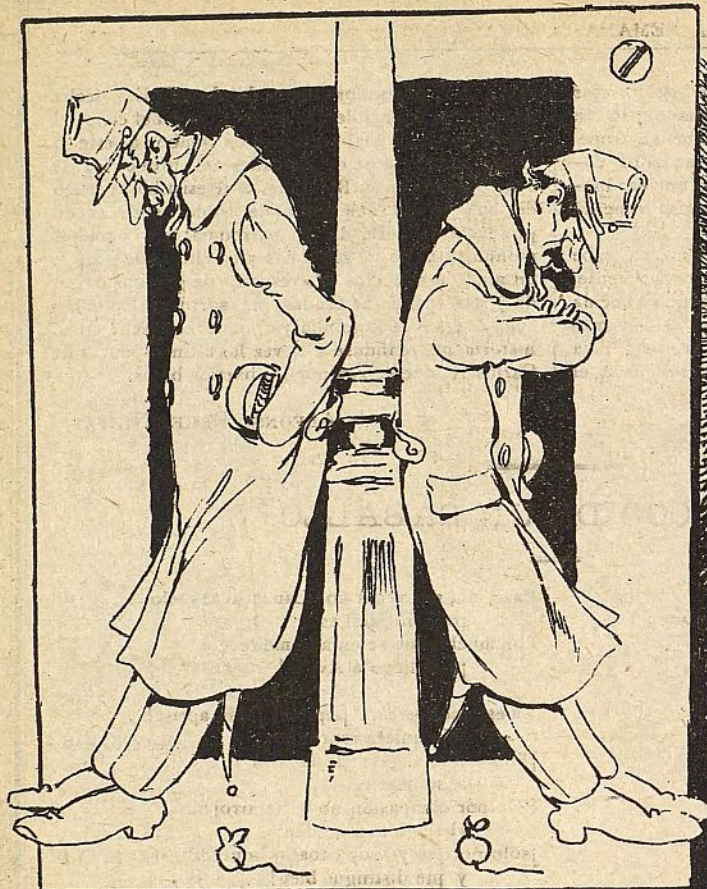
Eran dos mujeres bonitas.

—Dime, Carolina, decíale la una á la otra, ¿vas á confesarte?

La que así hablaba era rubia, un poco pálida, tenía los ojos rasgados y brillantes, cubiertos por largas y sedosas pestañas; las expresiones de su pensamiento se mostraban elocuentemente y con la mayor vivacidad en su ovalado rostro de perfiles delicados. La interrogada era morena, con cálida entonación, de un saludable color sonrosado, los labios eran un poco gruesos, los ojos de un verde oscuro, es decir, unos ojos que unas veces parecían diáfanos y transparentes y otras con la opacidad de los negros.

—¿Qué remedio tengo, Pascualita? es inexorable, me obliga a confesarme todos los meses, como si yo fuera una colegiala. Chica no se convence, no hay manera de





¡Pero es más espantosa todavía  
la soledad de dos en compañía!  
(CAMPOAMOR.)



¿Qué instinto las arrastra? ¿qué esencia las mantiene?  
(ZORRILLA.)

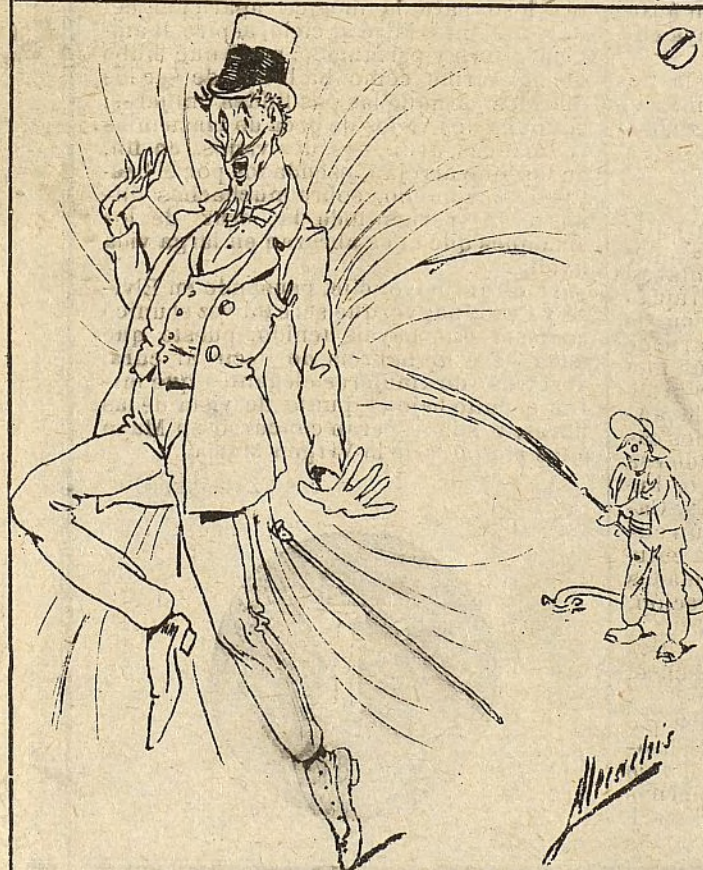


Fiat lux.  
(GÉNESIS.)

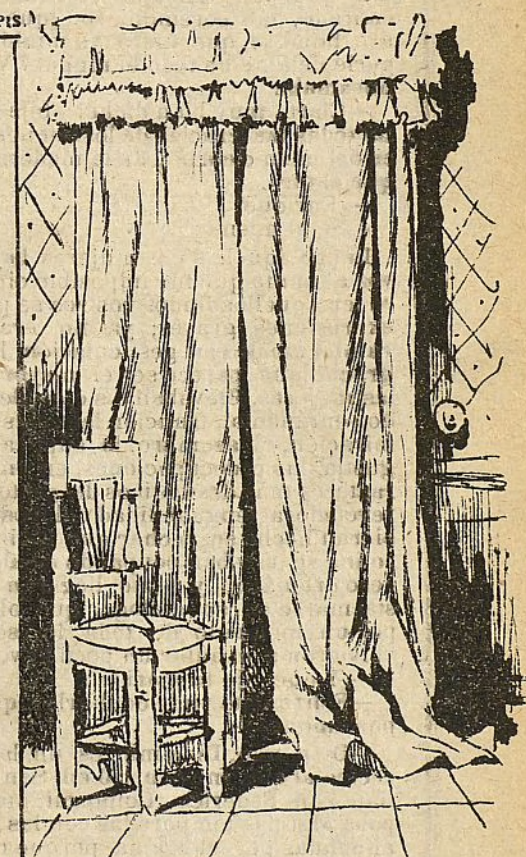


¡Mucho hace quien mucho anda.

(KEMPIS.)



¡Siento frío por la espalda  
y fuego en el corazón!  
(LEOPOLDO CANO.)



¡Rumor de besos y batir de alas!  
(BECQUER.)



hacerles comprender ciertas cosas; ya ves tú, á mujeres como nosotras no nos ha de gustar lo que por tanto tiempo nos ha aburrido; además yo creo que si nos lo prohibieran, por ejemplo, si yo tuviera un marido ridículo al cual no le gustase verme en la iglesia, sería la beatas exajerada de Madrid.

—Dime, Carolina, ¿y confesarías?... al decir esto abrió su abanico y cubriendo con él su cara y la de su amiga habló á ésta al oído y ambas se echaron á reír frívola y alegremente, con risa infantil y mundana, al propio tiempo.

—Elvira no te olvides que tenemos que ir casa de las de Ricardo á arreglar el oratorio para las próximas flores.

—¿Celebran las flores este año?

—Sí, hija mía, y toca el armonium aquel joven filipino, verdinegro como una aceituna, achaparrado y gangoso, ¿no te acuerdas de aquel que en las *matinées* hacía juegos de manos? Es un perfecto chino medido á sacristán.

¿Y Garte?

—No me hables, no me hables, estoy indignada con él; figúrate que mi marido le convidó dos veces, y no nos ha hecho más que una visita de ceremonia. ¡Tan estirado, tan ceremonioso, qué querría ese hombre, que fuera yo también á rogarle delante de todo el mundo? Vaya enhoramala.

—Claro, muy bien dicho!... hija mía, tiene todas las gracias de los buenos mozos; es del mismo corte y de la madera misma que el otro.

—¿Enrique?

—Sí, el mismo.

Luego aquellas dos mujeres bajaron la voz á punto que fué imposible oírlas, pero en aquellos lindos rostros se pintaban expresiones graves; ya no era rápido cambiante de esa gesticulación llena de gracia que parece ser el mayor arte de las mujeres. Elevaban los ojos de un modo sentimental, fruncían las cejas, y la admiración, el asombro, la súplica, la angustia, las preocupaciones, en fin, los caracteres más dramáticos del gesto, de esa reveladora lenguabilidad del rostro, hubieran hecho sospechar que Elvira y Carolina se estaban ocupando de algún suceso dramático, y tanto llegaron á entusiasmarse en su diálogo, que olvidadas por un momento de toda indiscreción, volvieron á levantar un poco la voz.

—¿Y qué dijo tu marido?

—Felizmente pude ocultarlo aquí en el portamonedas.

—Dios mío, Dios mío, es un lance parecido al que me ocurrió en San Sebastián con Federico. Como mi marido se pasa algunas temporadas con las piernas anudadas por el reuma, porque mi mari-

do tiene casi más edad que el tuyo, llevábale yo del brazo y entonces se le ocurrió al otro tonto darme una carta; en un tris estuvo que no nos pesca.

—Hija mía; lleva una más sustos!...

—¡Ya, ya! figúrate que mi marido, como está con el asma, que se fatiga no bien anda cuatro pasos, le ha dado ahora por jugar á las damas.

—¡A las damas! ya hará tiempo que no juega él con las damas.

—Y tienes á Enrique clavado allí horas y horas.

—Si nos los meten por los ojos, hija.

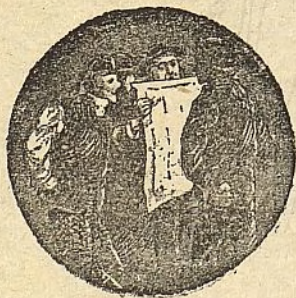
Pausa, silencio absoluto, miradas á una y otra parte, coqueterías luciendo sus manos, su cuello, su boca, y hasta sus menudísimos piés; un cuchicheo entre ellas; nuevo silencio, y después Carolina dijo á Elvira:

—Nos iremos por la Castellana. De modo que tú me dirás el día en que piensas irte á confesar; iremos juntas.

El tranvía se detuvo, ambas se pusieron en pié y bajaron del coche; yo las vi saltar airoosamente y marcharse después á un paso vivo por la calle hacia el paseo. Era una mañana de primavera, un día de sol ardiente, un día de juventud, fiesta natal para todos los gérmenes, tiempo precioso para la mágica aparición del florecimiento. Miré al cielo, aspiré el ambiente puro y perfumado; no sé qué hube de figurarme cómo habrían de ser los maridos de aquellas dos lindas mujeres; sin duda dos viejos de boca de blastemias reumáticas, gruñones, dos viejos, en fin, de los que arrojan, escudados por el beatífico matrimonio, sobre muchachas lindas é inespertas, toda la cruz de los achaques que ellos abrazan en larga vida lividinoso.

Yo os absuelvo, dije, pensando en Elvira y Carolina; yo, que seré tal vez el único confesor que hayais tenido, puesto que nada de esto habreis de decir al cura, vosotras, dos mujeres elegantes que miran el culto bajo el punto de vista de las flores, y solo esperan concurrir en Mayo á los *matinées* de la Virgen María.

JOSÉ ZAHONERO.





## EL DEMONIO

—Y al saber que María tiene un amor que su fervor quebranta, el cura que la quiere para santa la intenta disuadir de su porfía; á esperarla se vá al confesonario, y despues de imponerla en penitencia que rece cuatro partes de rosario, así la empieza á hablar el señor cura.

—¿Tienes novio?

—Si padre.

—Que locura!

Y di ¿le quieres mucho?

—Con delirio;

es tan bueno y me quiere de tal modo, él es mi vida, mi ilusión, mi... ¡todo! su amor es mi deleite...

—Y tu martirio

—Padre por qué? ¿Pues el querer es malo?

—Ese amor, insensata, te condena; te ofrece la ventura por regalo y el regalo será deshonor y pena, Ese hombre que desliza en tus oídos el néctar de su voz que te embriaga, es el diablo que enciende en tus sentidos la hoguera del afán que solo apaga la nieve del placer que se ha gozado. ¡Lo que se anhela más, nos causó enfado

cuando pasa la fiebre del deseo!.. Esa dulzura que en tus labios creo que dejarán sus labios al besarte, es amaño infernal para engañarte y que apures tranquila hasta las heces la esencia amarga del amargo vaso con cuyo horrible tósigo pereces para llegar despues paso tras paso á apurar en los antros del averno, la eterna saña del dolor eterno. Ese hombre es el demonio; si, María, huye la tentación que te provoca, mira que si te besa, es que confía en llegar á tu alma por tu boca; mira que sus excesos, son las artes del angel renegado, que sabe hacer semilla de pecado con el aroma dulce de los besos; tu novio es el demonio; si María; huye por Dios, la tentación impía.

Y sin dejar la niña su postura, pues ni los ojos á mover se atreve, con débil voz, y con temor murmura,  
—Pues si ese es el demonio, padre cura, ¡que ganas tengo ya de que me lleve!

EDUARDO GARCIA.

## TAL PARA CUAL

## SONETO

Yo quise en alas de mi amor inmenso remontarte conmigo al infinito, sin pensar que tu pecho de granito solo á lo bajo y ruin era propenso.

En vergonzoso y rápido descenso, sin escuchar de tu conciencia el grito, te lanzaste á un amor torpe y maldito cegada por el humo del incienso.

Eres más desgraciada que culpable, y no habrá fuerza humana que destruya los planes de tu instinto abominable.

Es tu sino: no temas que te arguya. ¡Necesitas un alma miserable que se arrastre en el fango de la tuya!

FRANCISCO CAPELLA.

## No hay mal que por bien no venga.

(De las memorias de un tal Perez.)

## I.

Si señor: yo sabía muy bien la historia de los tres periodos en que se divide comunmente aquella época del derecho romano; pero aquella rubia!..

Porque hay en la vida fatalidades inexplicables y esta que voy á contar á ustedes, es una de ellas.

Bueno que yo, arrebatado por los impulsos de una pasión ciega é irresistible, me enamorase perdidamente de Matilde, es decir, de aquella rubia de que hablo...

Pero, ahora caigo en la cuenta, de que ustedes no habrán comprendido nada de lo antedicho y, á semejanza, del personaje de Paturot, se preguntarán:

—Pero ¿quien era Matilde?

—¿Que tiene que ver eso con la historia del Derecho romano?

—¿A que viene eso ahora? ¿Quien era esa rubia? Tienen ustedes razón. Ahora recuerdo á mi inolvidable profesor de la asignatura, el cual nos ponderaba á todas horas la necesidad y la razón del método.

Tengamos, pues, método.

## II.

Y hablemos, pues, con claridad. Matilde era una rubia muy linda, con unos ojazos inmensos, de un color trasparente y verdoso, que tenían reflejos



INDIRECTAS, POR «MELITON GONZALEZ.»



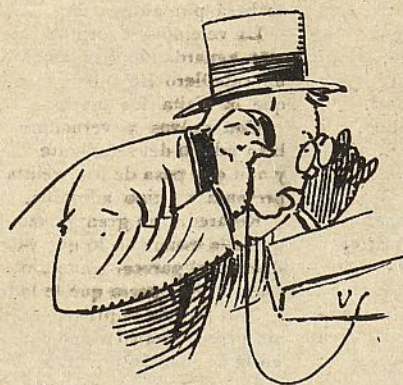
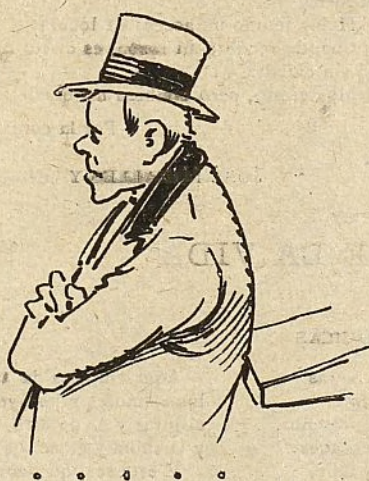
—Qué telas más finas! —Pues...  
tenerlas está en su mano,  
que si quiere darme tela,  
habrá tela para rato.



POR TEL ÉFONO, POR ESCALER.



—Diga Vd. D. Melitón; me habré dejado por casualidad, el pañuelo, al salir de su casa!



—Es este?  
—¿Cual? ¡no lo veo!...



de esmeralda y centelleos felinos. Su voz era un prodigio de melodía y tenía inflexiones insinuadoras y acentos de una ternura exquisita. Su voz y sus ojos eran, para mí, sus mayores encantos, lo cual no quiere decir que la blancura de su tez, el rojo cereza de sus labios, un poco grandes, la gracia del hermoso perfil de su rostro, la esbeltez del talle, la robustez del seno vigoroso y la gracia y gentileza de su persona física, fueran, ni mucho menos, bellezas despreciables.

## III.

Yo tenía dos amores: Matilde y la cátedra.

Creía hallarme en vísperas de obtener la una y de casarme con la otra.

Mi primer ejercicio de oposición había sido brillante. Todos, incluso mis contrincantes, opinaban que mi superioridad era indiscutible y que habría sido infame y criminal privarme de la cátedra.

Pasé veinticuatro horas mortales encerrado, mientras preparaba el ejercicio más grave: la explicación de una lección.

En aquellas veinticuatro horas solo pensaba en Matilde. La asignatura era para mí lo que el ejército aliado para Napoleón, al día siguiente de Austerlitz.

## IV.

Llegó el momento solemne. Y aquí entra, en plena acción, que diría un novelista de *La Correspondencia*, la fatalidad.

Porque solo á la fatalidad puede atribuirse la circunstancia de que:

1.º El balcón del gabinete de Matilde se viese desde el sitio mismo en que yo actuaba.

2.º Que se viese así mismo el balcón de la casa de un vecino de Matilde desde el propio sitio.

Y 3.º Que el vecino de Matilde y esta comenzaran á hablar cariñosísimamente y á cambiar sonrisas y apretoncillos de manos en el instante mismo en que yo debía comenzar y comenzaba á hablar de los consabidos periodos de la Historia del Derecho romano.

## V.

Así fué que confundí lastimosamente á Honorio con Anibal y á Pompeyo con el mismísimo Cesar. Cuando hablaba de la propiedad *quiritaria*... Matilde se ponía la mano en el pecho y adoptaba, mirando á su vecino expresivamente, la actitud aquella de la D.<sup>a</sup> Inés del *Tenorio*, cuando dice:

D. Juan, D. Juan, yo lo imploro, etc.

## VI.

¿Que pasó entonces? Difícilmente podría decirlo. Ello fué qué, con asombro general, en el segundo período de mi discurso, me levanté de mi sitio, salí escapado á la calle, sin sombrero, con el programa en la mano, vociferando como un loco.

Cuando volví en mí, me encontré en la Casa de Socorro.

Había tenido un acceso de locura.

Cuando recobré mi razón, es cierto que me quedé sin cátedra.

Muy cierto; pero tambien me quedé sin Matilde.

Por la copia.

JOSÉ MIRALLES Y GONZALEZ.

## PERCANCES DE LA VIDA

### ESCENAS CÓMICAS

La vida del hombre está expuesta á contrariedades, sobresaltos y disgustos, distracciones y percances, Aquel que amanece alegre suele llorar por la tarde y por la noche es muy fácil que el mismo individuo baile.

Basta una mirada sola; basta una pequeña frase, un contratiempo cualquiera para trocar al instante el valor en cobardía, el regocijo en pesares, la esperanza en desaliento y en desdén un amor grande.

Si de ello dudas lector puedo mil ejemplos darte que aunque cómicos parezcan, dan con la paciencia al traste.

Causas pueriles serán más con serlo son bastantes á ofuscar nuestra razón y á envenenar nuestra sangre.

Juzga tu mismo y verás por las *escenas flamantes* que á tu discreción presento, lo amargo de mis verdades.

Teodorico es muy feliz, de alegría está radiante, la mano de Telesfora hoy vá á pedir á sus padres.

Para presentarse en *regla* pretende estrenar un traje, levita, botas, sombrero, pantalón, chaleco y guantes.

Se levanta en calzoncillos, dá zapatetas al aire, y despues de estornudar acaba al fin por lavarse

Limpio ya, los pantalones se prueba y... ¡maldito sastre! tan mal tomó la medida que las piernas no le caben.

No obstante es preciso que entren y entrarán á todo trance [tren tira que tira y tirando se rasga salva la parte.

Aquí empieza la tragedia, los clamores y los ayes, el jurar y el pataleo, y la rabia y el coraje.

Y este ser, que era dichoso algunos momentos antes, á no remediarlo Cristo acabará por ahorcarse.

La veleidosa Clorinda está aguardando á su amante, un caballero riojano que la visita los martes.

Con polvos y vermellon hizo adobo del semblante y aun que pasa de los treinta presenta un tipo adorable.

Recaredo, un gran gatazo que ella estima en lo que vale, duerme al parecer tranquilo pues no hay perro que le ladre.

Más ¡ay! de improviso entra sin pedir permiso á nadie en la habitación un dogo y aquí empieza el zipi, zape.



Maya *Micibus* al verle,  
ladra el mastín al mirarle  
y fiera lucha se empeña  
entre los dos contrincantes.

Clorinda, que vé en peligro  
á su *mis*, quiere salvarle,  
pero el *mis* está furioso  
y no hay quien sus iras calme.

Logra cogerle por fin...  
con mimos quiere amansarle,  
¡tal no hiciera la infeliz  
pues el *felino* al instante,  
sin razonamiento alguno  
deseoso de vengarse  
clava en el cutis suavísimo  
de su faz los acicates!

Al verse herida la pobre,  
cubierto el rostro de sangre,

hubo lágrimas y gritos  
y hasta síncope fatales.

Metióse en cama, el galeno  
hizo un *récipe* calmante,  
y vino el riojano y... fuese  
con la *música* á otra parte.

Busca un consonante á ellas  
un poeta por la calle  
un torpe le pisa un callo  
y vé *estrellas* al instante.

Lanza un quegido el romántico,  
y bramando de coraje  
en vez de coplas armónicas  
estalla en atrocidades.

En tanto admira Perico  
las gracias de Inés Perales,  
vierte dentro del sombrero

distraído el chocolate.

No hay que decir que al cu-  
sálese el río de madre, [brirse  
y también algunos chuscos  
que acabarán por silbarle.

¿Que te parece la muestra?  
¿No hay para desesperarse  
al ver que un leve accidente  
tantas desventuras trae?

¡Pero aguarda! ¡esto es el pró-  
mil casos pienso contarte [logo!  
de dichas muertas en flor,  
y escenas desagradables.

Mas será para otro día;  
hoy temo, lector, te canses,  
y esto fuera para mi  
sin duda, el *mayor percamce*!

JOSÉ M.<sup>a</sup> CODOLOSA



Un glotón repetía sus hazañas en una tertulia de  
confianza.

—Yo he estado comiendo veinticuatro horas se-  
guidas,—decía.

—Eso no vale nada;—le arguyó uno de los ter-  
tulios, yo conozco una señora que en una semana  
se comió una ganadería de doscientas cabezas.

—¡Hombre! ¡hombre! ¿Cómo puede ser eso?

—Jugando á la *ruleta* con el ganadero, á quien  
dejó sin un cuarto.

—¡Ah!

En Málaga vivía una señora que siempre que se  
la preguntaba la edad, contestaba:

—Tengo treinta y dos años.

Con este motivo un guasón puso en su album la  
siguiente redondilla:

«El mismo Dios, con ser Dios,  
llegó á cumplir treinta y tres;  
solo usted siendo quien es  
no pasa de treinta y dos.»

Un necio que quería echarla de artista sin enten-  
der una palabra, decía delante de un cuadro célebre:

—Sí, buen dibujo... Buen color... Pero observo  
que Velázquez no tocaba bien los paños..

A lo que le contestó uno que le escuchaba in-  
dignado:

—Dice Vd. bien; á Velázquez no le faltó más

que ser hortera un par de años en la calle de To-  
ledo.

Un sábio deseaba  
el vacío encontrar; de noche y día  
sin tregua se afanaba  
por calmar su porfía;  
hasta que al fin, pasados muchos años  
después de mil amargos desengaños,  
hallóle por un medio muy sencillo,  
metiéndose la mano en el bolsillo.

## Cuadro de honor

### CORRESPONSALES

#### que nos deben y no nos pagan

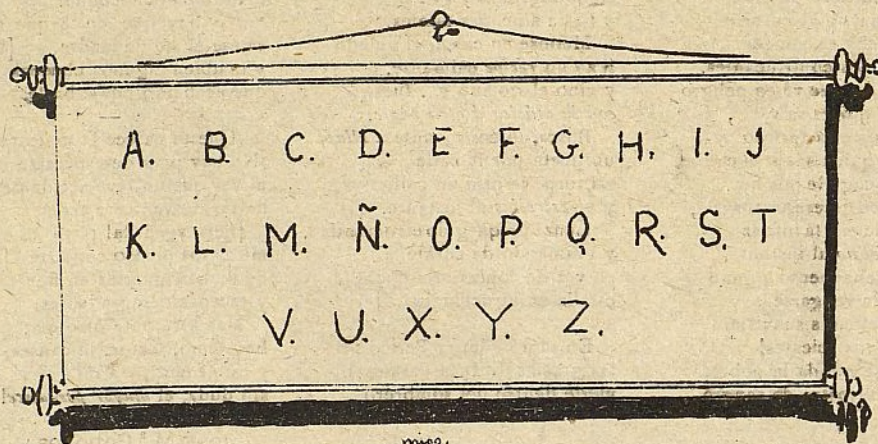
|   | Ptas.   |
|---|---------|
| » Ignacio Guerola, de Valencia                      | 261     |
| » P. García de Valladolid, de                       |         |
| » Murcia . . . . .                                  | 152' 68 |
| » Severino Valdés, de Gijón . . . . .               | 105' 50 |
| » Pedro Arnaez, de Ávila . . . . .                  | 106' 80 |
| » Ramón Perez, de Alcoy . . . . .                   | 50' 38  |
| » E. Araujo Bodero, de Lugo. . . . .                | 64' 50  |
| » J. Julián, de Almería . . . . .                   | 30      |
| » Juan J. del Aguila, de Vigo . . . . .             | 46      |
| » Manuel Garrigós, de Murcia . . . . .              | 65' 40  |
| » Constantino Vilasau, de Pala-<br>frugell. . . . . |         |
| » Miguel Escobedo, de Novelda . . . . .             | 19,62   |
| » Santiago Perez, de Cáceres . . . . .              | 18      |

TOTAL. . . Pesetas 919' 88

Imp. de Calzada. Arco del Teatro, 9, pasaje.



## GEROGLÍFICO



migo.

(La solución en el número próximo, al que primero la remita, se le servirá gratis un año la suscripción a LA SEMANA COMICA.)

## ANUNCIOS

AGENTE DE  
**LA SEMANA COMICA**  
EN BARCELONA  
— D. JUAN TASSO —  
Kiosco de la Bomba, frente a la calle Hospita

AGENTE DE  
**LA SEMANA COMICA**  
EN MADRID  
D. JULIAN RODRIGUEZ  
Kiosco, plaza Sto. Domingo

AGENTE DE  
**LA SEMANA COMICA**  
EN VALENCIA  
D. Julián Peris Mencheta  
Calle Entenza, núm. 4º

AGENTE DE  
**LA SEMANA COMICA**  
EN SEVILLA  
D. JOAQUIN NADAL  
Fernan Caballero, 6, 2.º

AGENTE DE  
**LA SEMANA COMICA**  
*en la República Mexicana*  
D. RAFAEL B. ORTEGA  
Primera de Sto. Domingo, 12  
MÉXICO

AGENTE DE  
**LA SEMANA COMICA**  
*en Isla de Cuba*  
Sra. Vda. de Pozo é Hijo  
Obispo 55 — HABANA

AGENTE DE  
**LA SEMANA COMICA**  
EN GUATEMALA  
D. ANTONIO PARTEGÁS  
Octava Avenida Sur. Almacén

AGENTE DE  
**LA SEMANA COMICA**  
EN CARACAS  
D. Antonio S. de Bethencourt  
Calle del Sur, 4

AGENTE DE  
**LA SEMANA COMICA**  
EN PARIS  
Madame Schneider  
Kiosque 50 — Boulevard Montmartre

AGENTE DE  
**LA SEMANA COMICA**  
EN PARIS  
Madame Lemaitre  
Kiosque 34. — Boulevard des Italiens

AGENTE DE  
**LA SEMANA COMICA**  
EN BURDEOS  
Mr. Marcelin Lacoste  
Place de la Comédie, 3

**LA SEMANA COMICA**  
*Periódico literario, festivo, ilustrado*  
Colaboran en él los mejores literatos y los mas  
celebrados dibujantes  
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
Barcelona. . . . . Trimestre. 1'50 ptas.  
Fuera. . . . . Semestre. 3' .  
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
Vertrallans, 3 1.º — Barcelona  
Despacho todos los días laborables de 2 a 4 tarde